

VIII

Negro. Así lo veía ella. La oscuridad del cielo completamente encapotado era tan profunda y dura como la del agua del río, por lo que la línea del horizonte prácticamente había desaparecido antes los ojos irritados de Marina. De pronto, la joven divisó a lo lejos una luz en medio de aquel paredón opaco que rompió la monotonía y le brindó cierto alivio. Eran los reflectores de un buque pero ella quiso creer que se trataba del fuego de su ciudad natal, repleta de gente furiosa, con sus calles sucias y rotas, ubicada un poco más allá de aquel faro móvil. Ahora, ella y su hogar estaban separados por ese charco ancho y que, a pesar de su escasa profundidad, guardaba desde hacía siglos una gran cantidad de historias sobre carabelas, barcos de guerra, piratas, comerciantes refinados y otros un tanto más cuadrados, que pelearon por quedarse por todo ese territorio, aunque sea de a pedazos, sin importar el valor de los mismos y a cuántos debían matar para conseguirlo.

Entre esos invasores habían estado los antepasados de Marina. La joven pensó en ellos un largo rato mientras permanecía parada junto al ventanal de su habitación de hotel. Y como si lo hubiese llamado con la mente, sonó el teléfono y desde la recepción, el conserje la comunicó con su antecesor inmediato.

-¡Hola hija! ¿Cómo estás? ¿Cómo te fue en el concierto? -la voz del hombre sonó excitada.

-Hola pá. Todo bien. ¿Vos cómo andás?

-Yo bien, pero lo importante es cómo te está yendo allá...

Marina había cruzado el Río de la Plata para ir a tocar como música invitada para la *Camerata Académica* local que había sido creada cuatro años antes y que ese fin

de semana daba dos recitales especiales en la *Catedral Metropolitana*, un edificio neoclásico inaugurado a principios del 1800 en la zona denominada “Ciudad Vieja”.

-El concierto estuvo muy bueno. Los músicos de acá son excelentes y fue mucho público a vernos.

-¡Cuánto me alegro! Y el hotel que te recomendé, ¿qué te parece?

-Parece uno de esos lugares de película. Demasiado lujo para mi gusto –Marina hizo una breve pausa para largar una carcajada-. Más allá de eso –retomó más seria-, gracias por hacerte cargo de la cuenta.

-De nada. Yo te dije que si viajabas, te invitaba.

Marina estaba alojada en un hotel 5 estrellas perteneciente a una reconocida cadena internacional. Este lujoso *resort* contaba con un centro de convenciones, casino y *spa*, los cuales permanecían abiertos todo el año. Era una estructura altísima, de más de 250 habitaciones distribuidas en 25 pisos. La suite de la joven costaba 150 dólares la noche y tenía un living alfombrado, las paredes empapeladas con motivos florales, un sillón doble, con dos lámparas a ambos costados del mismo, una mesa ratona de vidrio, un sillón simple y junto a la ventana un escritorio con otra lámpara.

-Ya sé, pá. Gracias igual.

-¿Y qué me contás de la ciudad? ¿Te gusta?

-Es muy tranquila esta zona. Casi triste, te diría. Nada que ver con allá.

-Seguro que no es como acá. Allá será viejo pero está todo en buen estado, limpio. Las calles son ordenadas y no están llenas de los mocosos y *homeless* pidiendo limosnas en cada semáforo. Se puede andar sin problemas.

-Se puede andar sin problemas porque también hay mucho menos tránsito, de gente, de autos... Así que no exageres.

El imponente hotel estaba en el corazón del casco histórico, ubicado unos 600 metros al Este del centro geográfico de la ciudad y otro tanto al oeste del río, como en una especie de península. Además, la Catedral Metropolitana se situaba a la misma distancia, por lo que la joven se trasladaba de un lugar a otro a pie. Eso sí, si quería visitar la llamada “*Ciudad Nueva*” donde funcionaba el núcleo comercial, financiero y cultural de la metrópoli, se tomaba un taxi y llegaba en pocos minutos. Al ser la capital del país, en ese sector se veían los distintos edificios gubernamentales, las casas centrales de las empresas más importantes, las embajadas y el infaltable puerto, el corazón de aquella pequeña nación que, a veces, latía más fuerte que algunas de las grandes potencias mundiales.

Además, por esa zona también había campos de golf, teatros, museos, cines, plazas, galerías de arte y, sobre todo, múltiples playas de arenas blancas, lo que la convertía en un inevitable centro turístico.

-Bueno, hija. Pasala lindo. Disfrutá del hotel. ¿Viste la pista de carrera olímpica que tienen?

-Sí, la vi. Pero ni loca me voy a poner a correr ahora. No lo hago allá, menos ahora que estoy de paseo. Así que dejá de tratar de convencerme de que acá estoy mejor que en casa, ¿sí?

-¿Por qué decís eso?

-Porque pareciera que no querés que vuelva, por eso.

-No es así. Lo que quiero es que no vuelvas al mismo estilo de vida que estabas teniendo últimamente. Nada más.

-Lo sé.

-Es que me cansé de verte deambular, como estancada. Quiero que progreses.

-Y yo también.

-Entonces hazlo. Aprovechá las oportunidades que se te están presentando: sos joven, talentosa, ahora no tenés nada que ate...

-Lo voy a hacer papá, quedate tranquilo. Pero a mi manera, sin que nadie me presione ni me imponga nada.

-Me parece perfecto.

-Bueno, te dejo así me voy a cenar.

-Está bien. ¡Ah! Casi me olvido. Si por una de esas casualidades decidís quedarte unos días más, antes de volver para las fiestas, te sugiero que vayas a visitar a unos amigos de la familia que hace poco inauguraron un hotel en las playas de *Solanas*. Te va a gustar.

-Después veo que hago. Gracias por el dato. Te mando un beso. Dale otro a mamá y mañana hablamos. Chau.

-Hasta mañana hija. Cuidate. Un beso.

Al cortar la comunicación, Marina se recostó en el sillón doble sin importarle que se arrugara su vestido blanco, con flores de colores estampadas, acorde la calidez de la noche. Cerró los ojos un momento, resopló y luego encendió el televisor LED. Realizó un frenético *zapping* hasta que se detuvo bruscamente en uno de los canales de música latinos. En un primer momento le costó creer lo que estaba viendo pero no había ninguna duda: estaban pasando el video clip de *Giralunas*.

La joven observó a Walter como cantaba y bailaba, mientras lo secundaban los mismos músicos que había visto en la presentación del disco, dos años antes. Mientras Sergio y Francisco se veían concentradísimos, ejecutando el bajo y la batería, respectivamente, como si fueran un solo instrumento, Daniel desplegaba su radical inspiración en las seis cuerdas. El video, básicamente, mostraba a la banda tocando en una especie de hangar abandonado y mezclaba esas imágenes en alta resolución, como

si fuera grano de película, con escenas de cada uno de los músicos recorriendo los alrededores de ese galpón que resultaba ser un puerto. Y Marina lo reconoció enseguida porque su padre tenía un velero que lo guardaba en esa terminal del norte del conurbano bonaerense donde, además, ella y su madre solían ir a comprar artesanías y otros artefactos de diseño a la multitudinaria feria que abría los fines de semana. También había concurrido a ese lugar junto a Walter, cuando eran novios y solían salir a pasear y disfrutar de una agradable tarde soleada cerca del agua y aquel gran el mercado.

Terminaron de pasar el video y Marina apagó el televisor. Se volvió a sentir sola y ello coincidió con que todo a su alrededor se enmudeció entre sombras, a lo que su ser interior le siguió sin resistirse. Y la angustió tener que acabar de esa manera una jornada en la que había estado ocupada tocando con otros músicos y acompañada de muchas personas desconocidas, pero que la trataron realmente bien, como grandes amigos. Miró por la ventana y, al advertir que seguía acechada por la negrura, se dijo: “Tengo que activar”, tras lo cual, tomó su abrigo y dejó la habitación.

Marina se encontraba en el *lobby* del hotel mirando unos folletos de la ciudad que incluían mapas y una detallada guía gastronómica. Buscaba un cómodo restaurante del centro para ir a cenar los tan recomendados chivitos cuando se le acercó un hombre de unos 40 años, vestido de elegante *sport* y que se presentó como un periodista que trabajaba de corresponsal para un diario argentino. Le estrechó la mano a la sorprendida joven y le propuso hacerle una entrevista ya que había quedado “encantado” con su actuación para la *Camerata*.

-Creo que este año podría ganar un *Gramophone* -insistió el periodista tratando de convencer a una dubitativa Marina.

-Me parece que está siendo demasiado optimista. Si quiere escribir, hágalo sobre la actuación de todo el grupo, no únicamente de la mía. Creo que es lo más adecuado en este momento ya que sólo fui un músico invitado.

-Le propongo lo siguiente –el hombre acomodó su sillón individual más cerca del de ella, ambos ubicados en un rincón de la recepción-: si en los próximos días le dan un premio, que dada la cantidad de años que estoy en esto creo que así será, escribo una nota sobre usted. Y si le gusta, después me permite entrevistarla, ¿le parece bien?

-De acuerdo -respondió ella y le estrechó la mano al periodista que luego extrajo de uno de los bolsillos internos de su saco una tarjeta con sus datos personales para que la joven lo guardara en su agenda de contactos.

-Tenga. Así podremos comunicarnos por teléfono o vía *mail*. Disculpe que no traje las del diario. Sólo tengo la personal. Espero que su novio no se preocupe si llega a encontrar mi tarjeta.

-No tengo novio -aclaró ella tajante pero sin perder la cordialidad.

-¿En serio? Me cuesta creer que una joven tan bonita y talentosa como usted esté sola.

-Bueno, gracias –Marina no pudo evitar sonrojarse.

-Perdone. No quise incomodarla.

-No hay problema –la joven bajó la vista, guardó la tarjeta en su cartera y se puso de pie para despedirse.

El periodista también se paró pero no la dejó irse tan fácilmente.

-Ha sido un verdadero placer señorita Williams. Espero que vuelva a tocar aquí muy pronto. Sería un privilegio para los que vivimos por estos lugares.

-Muchas gracias.

-¿Conoce por aquí? ¿Ha decidido ir a recorrer algún lugar en especial?

-En esta ciudad estuve antes pero como pasajera en tránsito. Y creo que mañana voy a visitar *Solanas*, me lo recomendaron.

-Ah, Portezuelo.

-¿Cómo dijo?

-Digo, que Solanas es como le dicen los turistas. En realidad se llama *Portezuelo*. Hay un alfajor con ese nombre. Muy conocido. Por ahí le resulte familiar el nombre.

-No sabía nada de eso.

-No tenía por qué. Bueno, espero que lo disfrute. Seguramente le va a gustar el lugar.

El sitio en cuestión se trataba de un balneario del noreste del país, ubicado sobre una bahía a orillas del *Atlántico*. Era una playa de poca profundidad, de unos 80 metros de ancho y casi 5 kilómetros de extensión que se podían recorrer tranquilamente en auto, por la ruta *Interbalnearia*. A lo largo del trayecto se podían observar grandes mansiones, con inmensos jardines que, en muchos casos, invadían las dunas, lo que originaba una elevada humedad en la arena.

El periodista se despidió amablemente y prometió llamarla en cuánto tuviera información confirmada sobre la entrega de premios y a partir de entonces coordinarían las siguientes notas para publicar en el diario. Marina, en cambio, tuvo la sensación de que aquel hombre había quedado más interesado en ella que en su música, por lo que no se sintió tan halagada. ¡Qué pajero!, pensó y finalmente abandonó el hotel para ir a cenar. Ya era tarde pero en la calle aún había un poco de movimiento y las luces la despabilaron, mientras que el reciente, y extraño, encuentro en el *lobby* le permitió ocupar su mente con otros temas y disfrutar de una rica velada.

La camioneta de Francisco parecía destartarse a su paso por la calle de arena que estaba repleta de serruchos ya que los empleados municipales, a pesar de estar en temporada alta, no pasaban la máquina para alisarla desde hacía varios días. Tras recorrer los tres kilómetros que los separaban de la terminal de micros, el baterista y el bajista de *La Portezuela* llegaron hasta el camping donde el primero de ellos pasaba sus mini vacaciones *gasoleras* junto a su mujer y su hijo Mateo, mientras que el segundo acaba de llegar de visita, desde la casa de veraneo de su familia ubicada en un balneario cercano.

-¿Viajaste bien en el micro? -preguntó el conductor al tiempo que bajaba la velocidad por el camino interno que los llevaría hasta el sector sur del predio donde estaba la carpa de los Doué, muy cerca de la playa.

-Sí, re bien. Es un viaje cortito, media hora –Sergio miraba por la ventanilla del acompañante-. ¿Y el camping qué onda?

-Está muy bueno. Mirá, ahí está el almacén en el que te venden de todo, hasta comida hecha y barata -el conductor señaló una casa estilo americana, donde los dueños del camping no sólo vendían alimentos, artículos de limpieza y para acampar, sino que también comandaban la oficina administrativa.

Al costado de la vivienda había una hilera de amplias parrillas para los asados y detrás de ésta funcionaban los vestuarios, con numerosos baños y duchas. Luego comenzaban a aparecer los espacios verdes para colocar las carpas y estacionar el vehículo junto a las mismas. Cada uno de los lugares vacantes estaba claramente señalizado por una columna de alumbrado que se alzaban entre las acacias, una mesa con bancos de cemento y una estructura del mismo material para encender un fuego y cocinar.

-¡Qué calor que está haciendo! ¿No? –Sergio tiró de su remera musculosa empapada de sudor tratando de despegarla de su pecho.

-Insoportable. Ahora dejás el bolso en la carpa y nos vamos derecho a la playa. Con este sol, Vale ya debe estar ahí con tu ahijado.

El conductor estacionó la camioneta junto a una carpa color oliva, con capacidad para ocho personas, por lo que él, su mujer y su hijo estaban bien cómodos. Además, los Doué habían instalado otra carpita, una individual y tipo iglú, que utilizaban para guardar los alimentos y los utensilios de cocina como el sartén, la olla y la heladera térmica que en la tienda principal hubieran ocupado demasiado espacio.

Dicho y hecho: los amigos dejaron sus efectos personales en la carpa grande y cruzaron el médano que los separaba de la playa en la que Valeria y su hijo estaban jugando cerca del agua para estar más frescos ya que hasta la orilla había casi 200 metros de arena caliente. Era domingo, por lo que había bastante gente, toda proveniente del camping, como los Doué. Eran parejas jóvenes, solas o con hijos chicos, que, sin conocimiento previo, se reunían por la tarde a tomar mate y a la noche quizás compartían un fogón en el que alguno siempre tenía una guitarra criolla al alcance de la mano para musicalizar el evento.

Sergio saludó a Valeria y a Mateo, a quien no veía desde las fiestas de fin de año y al que le llevó de regalo un *kit* para jugar en la arena que incluía un balde, la palita y el rastrillo. El pequeño Doué se lo agradeció y luego se fue a hacer castillos cerca del agua. “Francis, ahí está el canillita, ¿no me comprás el diario, porfa? Así tengo una revista para leer después”, le pidió la mujer a su pareja, quien salió corriendo detrás de su hijo, que reclamaba su presencia inmediatamente para jugar juntos, una tarea que demandaba un largo rato y que se repetía varias veces al día.

Minutos después, los dos músicos se tiraron sobre un par de lonas a leer el diario, al tiempo que Vale se llevó su revista y a su hijo para la siesta. Era un matutino tipo sábana, por lo que se hacía muy difícil dominarlo con el viento playero que envolvía a Francisco, quien leía el cuerpo principal, y a Sergio, que ojeaba los suplementos.

-Che, Francis, mirá esta nota -indicó el bajista sentándose como indio y pasándole las hojas a su amigo que adoptaba su misma posición, quedando uno enfrente del otro-. ¿Esta no será la exnovia de Walter, la que nombra siempre, de su época en el Conservatorio?

-El nombre es el mismo, así que debe ser ella. Después le preguntamos a Wally -expresó el baterista sin apartar sus ojos bien abiertos y enfocados en una página a colores del suplemento “Cultura” en la que la nota principal de titulaba: *“El talento de Marina Williams recibe un merecido premio.”*

El artículo contaba en varios párrafos como la chelista porteña había sido recientemente invitada a tocar con la Camerata Académica de Montevideo que presentó su nuevo disco con una interpretación de una obra de *Elgar* y remarcaba que si bien el jurado de *Gramophone* la acababa de premiar como la “Mejor artista joven del año”, podría haberle entregado ese prestigioso galardón, el más importante de la música clásica a nivel mundial, mucho tiempo antes, cuando realizó otras grabaciones importantes, como la de *Dimitri Shostakovich*, o por el concierto en Do mayor de *Haydn*. También anunciaba que la talentosa chelista se iba a presentar próximamente en Buenos Aires.

Francisco terminó de leer la nota y no podía salir de su asombro. Sergio entonces volvió a repasar algunos tramos.

-Qué loco, ¿no? -señaló el baterista mientras su amigo seguía releendo.

-¿Qué cosa?

-Que alguien tan cercano sea así de famoso.

-Y sí. A nosotros nunca nos pasó -asintió Sergio doblando el diario y colocándolo debajo de su pierna para que no se vuele-. El que se va a querer matar cuando se entere es Walter.

-Y bueno. Que se la banque.

-Otra no le queda.

-Mejor cambiemos de tema. Ya dijimos que este fin de semana estamos de vacaciones y vamos a relajarnos.

-¿Qué pasa? ¿Tan estresado estás?

-No es eso.

-¿Y entonces?

-Nada. Dejalo ahí –el baterista miró hacia adelante, clavando la vista en el azul profundo del movedizo mar.

-Dale, Francis. Decime. ¿Hay algún problema?

-Está bien –Francisco agachó la cabeza y con el dedo índice comenzó a garabatear en la arena-. Iba a esperar a hablarlo cuando estuviéramos todos juntos. Pero sé que vos no vas a decir nada.

-Aflojá con el misterio y decímelo de una vez, ¿querés? –Sergio apoyó su mano sobre la de Francisco para que éste dejara de moverse, a lo que el baterista abandonó los garabatos en el suelo y miró a su amigo a los ojos.

-Decidí dejar la banda.

-¡¿En serio?! ¡Me estás jodiendo! ¿Por qué?

-La verdad es que necesito trabajar más horas para mantener a la familia. Los ensayos y los viajes para ir a tocar de un lado al otro cuestan plata y me quintan mucho

tiempo valioso, sobre todo, los fines de semana cuando más quiero aprovechar para estar en casa con Vale y Mateo, especialmente.

Sergio descubrió en ese momento que la mirada de su amigo despedía una agrídulce mezcla de determinación y dolor. Francisco estaba hablando de cosas serias, de asuntos de personas adultas, por lo que el bajista se tomó unos segundos para opinar sobre su decisión.

-Pero estamos en el mejor momento de la historia de la banda –fue lo primero que se le ocurrió decir a Sergio.

-En cuanto a lo artístico puede ser, porque tenemos el disco, ahora el video, hacemos muchas fechas en distintos lugares y nos empezó a seguir mucha gente, pero ya vamos seis, siete años de toda esta movida y no ganamos un mango. Al revés, seguimos invirtiendo.

-Te entiendo. Pero vos sabés bien que ninguno de nosotros se embarcó en este proyecto por la plata. No es nuestra onda.

-Obvio. Ni ustedes ni yo lo hacemos por la plata. Pero yo tengo otras prioridades en este momento que no puedo dejar de lado. Y esos compromisos requieren de plata y, hoy por hoy, no la tengo.

-Tampoco estás tan mal económicamente.

-Pobre no soy, seguro. Pero por más que el gobierno diga que no hay inflación, que la economía está bárbara, el sueldo alcanza para cada vez menos. Mirame: laburé todo el año como una bestia y lo único que pude pagar son un par de días de vacaciones en un camping de la costa.

-Pero vos sos parte fundacional de la banda. Uno de los sostenes. ¿Qué se supone que hagamos nosotros ahora?

-Sergio, vos sabés muy bien cuánto quiero a la banda, lo que disfruto de la música. Te juro que me encantaría que la situación fuese otra, pero no lo es –Francisco dejó caer su mano con restos de arena en el hombro de su amigo.

-¿Querés que hagamos un *impasse*? –propuso el bajista con los ojos vidriosos-. Esperamos un tiempo hasta que vos te vuelvas a acomodar con los números.

-No sería justo para ustedes –Francisco devolvió una sonrisa tan sincera como la ayuda que Sergio le estaba ofreciendo-. Este proyecto requiere estar comprometido al cien por ciento. Si yo no puedo estar a la altura de las circunstancias, no los voy a arrastrar hasta esa posición. Así que siéntanse en total libertad de buscar a otro batero. Yo no me voy a ofender, ni mucho menos.

“¡Padrino!”, se escuchó a lo lejos, a espaldas de ambos músicos, quienes al darse la vuelta vieron venir corriendo al hijo de Francisco con sus juguetes en la mano y a Valeria tratando de alcanzarlo y retándolo para que se ponga las sandalias y no se queme la planta de los pies. “No quiso dormir la siesta ni a palos”, explicó la mujer una vez que llegó jadeante hasta donde se encontraban su pareja y Sergio. “Quiere jugar con el padrino”, agregó.

Francisco vio cómo su pequeño hijo, con sus rulos morochos al viento, corría nuevamente hasta la orilla desde donde le hacía señas a su padrino.

-¿Viste como cuesta decir que no? –el baterista miró a su amigo frunciendo la boca de costado.

-Parece imposible.

-Bueno, imagínate esa situación todos los santos días y vas a entender cómo me siento en esta etapa de mi vida.

Sergio no tenía pareja ni hijos y ni siquiera imaginaba esos proyectos en su futuro mediato. De todos modos, comprendió perfectamente la postura de su amigo y lo

difícil que le había resultado tomar la drástica decisión de alejarse de *La Portezuela*, la mejor banda que seguramente ambos músicos habían integrado desde la adolescencia, variando de estilos y de modas, pero no de pasión, la misma que los había unido y ahora los estaba separando.

La ruta era un hilo metalizado en medio de la amplia llanura marrón y verde compuesta por amplios campos que, a medida que los dos vehículos avanzaban hacia el oeste, parecían infinitos. Los terrenos, que ya estaban listos para ser sembrados con maíz, se encontraban a más de 150 kilómetros de la Capital, en pleno interior de la provincia, lo que no impedía que *La Portezuela* tuviera previsto tocar allí tanto el sábado como el domingo. Adelante transitaba el Volkswagen Gol de Carlos, quien iba acompañado por Daniel y parte de los instrumentos en el asiento de atrás y el baúl. Detrás, estaba el Fiat Duna *Weekend* de Lucho, secundado por Sergio y Walter, quienes llevaban la batería del primero y las cajas para el retorno. El resto del sonido quedaba a cargo de los organizadores del festival.

Nadie más los acompañaba, no por falta de deseo, sino por una cuestión de costos y logística. Apenas entraron a la ciudad de unos 45 mil habitantes se dirigieron al camping más amplio para poder instalarse cómodamente. Era mediodía y el predio ya empezaba a llenarse de jóvenes que viajaban de las localidades vecinas para participar justamente del festival de rock en el anfiteatro del lago, un evento que se realizaba todos los años y que, evidentemente, era bastante popular por esos pagos, alejados del circuito habitual del *under* del *Área Metropolitana*.

Al comenzar a bajar los bultos, los chicos se encontraron rápidamente acompañados por todo tipo de insectos ya que el camping era un gran pastizal al costado del agua. Salvo por algunas arboledas que daban un poco de sombra en aquel sector, en

el resto de la ciudad todo era chato, plano, como los campos que la rodeaban. Los edificios más altos eran la *Iglesia* y el *Palacio Municipal*, el resto de las construcciones eran bajas y de una arquitectura simple, sin vuelo.

Tras montar las carpas, la banda improvisó un escenario sobre el pasto para probar sonido y ensayar los últimos detalles, pedido especialmente por Lucho, a quien todavía le costaba recordar todos los arreglos de su antecesor Francisco, a pesar de que se pasaba el día entero tocando la batería en su casa.

A partir de los primeros acordes, los jóvenes que estaban paseando por el camping se acercaron al grupo y escucharon atentos, por lo que la banda terminó por tocar casi media lista. “Sigamos, así nos van conociendo”, decía Walter cada vez que terminaba una canción mientras Carlos hablaba con uno de los encargados del predio que se había arrimado, curioso por el inusual movimiento que se había generado en el lugar.

Encantado, el encargado, que en realidad era uno de los dueños del establecimiento, le ofreció a la banda tocar al día siguiente en el salón comedor del camping aprovechando que ya había arreglado con un DJ para que fuera a la tardecita a pasar música y así los pasajeros pudieran armar una fiesta de despedida del fin de semana. Tanto el productor como los músicos estuvieron de acuerdo, por lo que el viaje empezaba a justificarse.

Después del ensayo/prueba de sonido/mini recital, la banda se dirigió al centro de la ciudad para un almuerzo/merienda. Las calles estaban vacías ya que era la hora de la siesta, por lo que el grupo estacionó los autos frente a la Municipalidad y se acomodó alrededor de las mesas distribuidas en la vereda del *snack bar* ubicado del otro lado de la avenida principal.

Los cinco hombres ordenaron unas hamburguesas con papas fritas y cerveza bien helada, y mientras comían y bebían, discutieron el orden de los temas de la lista para el festival de la noche. Tocaban antes de la banda que cerraba el evento, que era un grupo del denominado “rock barrial” y reconocido nacionalmente, por lo que no podían pasarse ni un minuto del tiempo estipulado para su *set*.

En medio de los entredichos habituales, el grupo ordenó de “postre” unos fernet con coca, aprovechando los últimos calores del otoño. En momentos en que el mesero, con el trapo repasador colgando de su hombro izquierdo, colocaba los tragos en la mesa, un auto de alta gama, importado y con vidrios polarizados se estacionó junto al cordón de la vereda y del mismo bajó un hombre mayor, vestido con camisa a cuadros, pantalón de vestir y unos zapatos náuticos. Se presentó cordialmente como “el intendente”, por lo que en un primer momento, los músicos dudaron de la veracidad de semejante afirmación.

“Che, ¿en serio este es el intendente?”, preguntó Sergio, casi susurrando, al mesero que volvía a la mesa cada vez que el contenido de los vasos llegaba al fondo. “Sí, maestro”, respondió su servidor.

En tanto, el intendente le comentaba a Walter lo contento que estaba por la masiva concurrencia que creía iba a tener el festival que la Secretaría de Cultura había organizado y promovido para ese fin de semana largo. “El feriado nos vino bárbaro”, resaltó el funcionario municipal, que también había ordenado un trago como el de los músicos. “La gente está reconociendo nuestro trabajo. Hicimos que volvieran los carnavales, que se celebrara anualmente un encuentro de artistas que fue declarado de interés provincial. Y eso se va a notar en las elecciones legislativas del mes que viene”, agregó el mandatario.

El líder de la banda, por su parte, celebró la intervención del Estado en los eventos artísticos y pidió sacarse una fotografía con el intendente. “Walter está re loco”, le dijo cerca del oído Sergio a Daniel, quien tenía de su otro lado a un Carlos que trataba de aguantar la risa y enfocaba su cámara digital hacia el vocalista y su nuevo “amigo”.

Con el rostro ya algo rosado, el mandatario municipal se despidió y prometió ir a verlos a la noche, tras lo cual, la banda se dirigió primero al camping, donde cargó los instrumentos y las cajas, y luego al Anfiteatro, para la formal prueba de sonido.

Al arribar al lugar se encontraron con un escenario de cemento que emergía del epicentro del lago. Toda la ciudad emana del agua, pensó Walter mientras observaba las dos altas columnas de concreto que se levantaban a ambos lados de la parte trasera de la base y de la que se colgaba la decoración. También advirtió la presencia de un muchacho que entre las hileras de asientos hablaba sin pausa por un micrófono y caminaba de un lado al otro. Era el locutor de la radio local que iba a transmitir en vivo todo el festival y que estaba esperando que la banda principal terminase la prueba de sonido para hacerle una entrevista.

Sin embargo, mientras *La Portezuela* aguardaba su turno tras bambalinas, el guitarrista del grupo central, que llevaba una musculosa negra estampada con una gran lengua roja, tomó un micrófono e inmediatamente recibió una descarga eléctrica que le provocó una quemadura en la palma de su mano y casi lo tiró de espaldas al piso del escenario. Tras el shock inicial, el músico se reincorporó y abandonó las tablas, adolorido, asustado y furioso.

Ante esa situación, sus compañeros de la banda siguieron los mismos pasos a pesar de que el sonidista les aseguró que se había tratado de una falla técnica menor que ya estaba arreglada y que no iba a volver a pasar. Pero las “estrellas” no se quedaron y

mientras los plomos comenzaron a recoger los equipos, Walter y compañía, bajo los efectos del fernet, se rieron a carcajadas y sin disimulo.

Finalmente, *La Portezuela* fue designada como la encargada de cerrar el festival ante un masivo público que llenó las gradas en cuestión de minutos. Fue una verdadera fiesta y un viaje “muy loco”, tal como se lo describió posteriormente Sergio a su amigo Francisco, cuando regresó al barrio.

“Y encima, el intendente nos invitó para ir a tocar de nuevo el año que viene”, añadió el bajista en su diálogo con el exbaterista.

Sergio estaba contento porque sabía que la banda iba a regresar a tocar a aquella ciudad rural a pesar de que muy probablemente no volvería a ser un viaje tan positivo. En la gran mayoría de los casos, nadie recuerda las segundas veces porque éstas casi nunca superan las primeras.

IX

Fabricio subió su Chevrolet Corsa a la vereda en vez de entrarlo al garaje de su casa. Es que era tarde y no quería abrir el portón y poner en jaque la ya vulnerable seguridad de su hogar porque ése era el momento del día elegido por los delincuentes para cometer robos “al voleo” y apoderarse del vehículo de su víctima o bien entrar directamente a la vivienda y llevarse todo lo que pudiesen, inclusive a los moradores del inmueble privados de su libertad hasta el cajero automático más cercano y sustraerles la mayor cantidad de dinero en efectivo disponible. Además, por entonces, el portón del garaje no cerraba bien debido a que con los años las bisagras se habían torcido, por lo que él le había colocado un candado, lo que implicaba tardar más tiempo para abrir y cerrar.

Al ingresar a la casa, Fabricio sintió un profundo silencio y vio casi todo a oscuras. Después de encender la luz del living comedor divisó a Analía sentada en el sillón, sola, delante de la pantalla del televisor completamente en negro.

-¿Qué hacés con la tele apagada?

-Nada. Te estaba esperando.

-Perdón pero se me hizo tarde.

-Otra vez.

-Sí, otra vez –Fabricio bajó la cabeza y clavó su mirada en el suelo.

-¿Cuál es la excusa de hoy?

-Esta vez no fue mi culpa –el hombre alzó la vista y miró a su mujer de costado, alzando el entrecejo-. Mi compañero del siguiente turno llegó tarde, así que tuve que quedarme a esperarlo.

-Me imagino -dijo ella sin mover un solo músculo de su cuerpo, excepto el labio superior de su fina boca.

-¿Podés cambiar esa cara, por favor? No quiero empezar a discutir otra vez sobre lo mismo. Además, hacía mucho que no me pasaba esto. Venía haciendo buena letra, ¿o no?

-Yo tampoco quiero discutir otra vez sobre el mismo tema. Ya suena como disco rayado.

-Mejor, porque tengo una buena noticia -indicó él dirigiéndose hacia la cocina y sacando una botella de agua mineral de la heladera-: estuve hablando con gente del área de Salud del partido y me contaron que están por renovar la plantilla del Servicio Médico Municipal. Así que muy probablemente consiga un puesto ahí antes de fin de año para hacer atención a domicilio.

-¿Y vas a dejar tu trabajo actual?

Fabricio se tomó de un solo sorbo el vaso con agua fría y luego caminó hasta el living.

-Al principio no. Quiero ver como es el trabajo nuevo y si marcha bien dejo el otro y me quedo solo en la Municipalidad, que queda acá cerca, por lo que no voy a tener que viajar tanto y tendré más tiempo libre.

-O sea que en los próximos meses vas a pasar a tener dos trabajos.

-Sí, pero sólo como algo provisorio.

-Ay Fabri, ¿cuándo vas a dejar la salud pública para dedicarte a la práctica privada, donde pagan mejor, como corresponde?

-Ya sé perfectamente que la plata está en el sector privado, Aní, pero también es cierto que en el municipio voy a estar mejor que a nivel provincial porque al intendente le llega mucha plata directo de Nación, ¿entendés? El Negro no es boludo, está bien parado en el entramado político actual.

-Ajá.

-Además, van a ser menos horas de trabajo, por lo que me conviene en todo sentido.

-¿Estás seguro?

-Absolutamente. Y es más, hasta capaz me den un trabajo de oficina, mucho menos demandante. Así que quedate tranquila -Fabricio se sentó en el sillón, junto a su esposa y encendió el televisor, pero la mujer le arrebató el control remoto de la mano y apagó el aparato.

-¿Qué pasa? ¿El enano duerme?

-No. Está de mi mamá.

-Ah. Está bien ¿Querés que lo vaya a buscar?

-No, se va a quedar a dormir allá.

-Ok. Ya es tarde.

-Y yo también -Analía se puso de pie y caminó hasta la mesita ratona desde donde se volvió hacia él, quien permanecía sentado.

-¿Vos también qué?

-Yo también me voy a ir a dormir de mi mamá.

-¿Qué estás diciendo?

-Estoy tratando de decirte que me voy de casa. Que me quiero separar.

-¡¿Me estás jodiendo?! -Fabricio se puso de pie de un salto y dio un par de pasos hasta quedar justo delante de ella.

-No es una broma. Es definitivo.

Fabricio negó con la cabeza varias veces enfocando nuevamente el suelo, que ya se estaba convirtiendo en un cómplice recurrente.

-La verdad, no te entiendo –retomó él al cabo de unos instantes-. Me venís con este planteo justo ahora, cuando la mano empieza a mejorar después de todo lo malo que nos tocó vivir en el último tiempo.

-¿Mejorar?

-Bueno Ani, yo sé que es difícil para vos porque todavía no pudiste volver a conseguir trabajo, pero hay otras cosas positivas: salvo casos excepcionales como el de hoy, yo estoy trabajando menos horas, tal como vos querías y también surgió la posibilidad de un laburo nuevo.

-...

-Y lo estoy haciendo por vos y por Luqui, no por mí. No podés ser tan injusta conmigo.

Fabricio vio que su mujer se alejaba rápidamente hacia la cocina y la quiso tomar del brazo para seguir hablando de cerca, pero ella continuó su marcha hasta que se topó con la mesada sobre la que había quedado la botella de agua y se sirvió un vaso. Bebió un largo y profundo trago, mientras él la veía de lejos, y luego se quedó inclinada hacia delante, con sus brazos apoyados sobre el mármol del mueble.

-No soy injusta. Lo que pasa es que mi paciencia tiene un límite. Igualmente, el problema va más allá del trabajo, de la plata y de todo lo que tenga que ver con eso.

-¿Y cuál es el problema entonces?

-Fabri, a este paso vas a terminar como tu hermano *Ángel* y no quiero estar a tu lado cuando eso pase.

-No metas en el medio a mi hermano porque no tiene nada que ver con nosotros, ¿sí?

-Perdón, me había olvidado que hay que lavarse la boca antes de hablar de tu hermano.

-¡No seas irrespetuosa! -se quejó él, a lo que ella calló.

Ojalá fuese como él, pensó Fabricio, con los ojos llenos de lágrimas.

-Tenés razón. Disculpame –retomó la mujer-. Más allá de lo de tu hermano hay otras cosas que sí nos pasan y que no queremos o no nos animamos a decirlas en voz alta.

-¿Qué cosas? A ver...

-Ya no tomamos más decisiones juntos, por ejemplo. Estamos cada uno en la suya y siento que lo único que nos une hoy es nuestro hijo y esta casa, y nada más.

-No es tan así. Seguimos compartiendo muchas cosas. Y a mí me gusta vivir con vos. Yo te quiero.

-¿Estás seguro? Porque yo ya no estoy segura de lo que siento por vos.

El hombre de la casa se sintió como un niño a punto de estallar en llanto porque su madre le acababa de negar, por enésima vez, ese juguete que tanto quería y le envidiaba a su mejor amigo. Se mareó por la ingesta de tanto dolor repentino, entonces fue a sentarse nuevamente en el sillón. Al verlo así, con el rostro pálido y sudado, ella caminó hasta el sector del living y ubicó su cola sobre el borde de la ratona para seguir hablando cara a cara.

-¿Qué va a pasar con el enano? –Fabricio se cubrió el rostro con ambas manos, por lo que sus palabras sonaron ahogadas.

-Él es chico todavía para entender todo esto –Analía secó las lágrimas sus ojos con el borde de la manga de su camisa.

-Creo que lo mejor va a ser que, al principio, se quede la mayor parte del tiempo con vos, en lo de tu mamá. Hasta que yo acomode mis horarios y pueda estar más acá, ¿te parece?

-Sí, creo que va a ser lo mejor. Pero no tenemos por qué arreglar todo ese tema ahora. Quiero que las cosas entre los dos queden claras para que cada vez que nos veamos no tengamos que discutir ni pelear.

-Es lo menos que se merece el enano.

-Tal cual.

-Ahora quiero saber una sola cosa más antes de que te vayas...

-¿Qué?

-¿Estás con otro tipo?

-Yo sabía que ibas a ir por ese lado –la mujer golpeó sus manos sobre sus muslos cubiertos por un *jean* ajustado.

-Bueno, che. Tengo derecho a saber, ¿no? ¿O vos no te preguntabas cada vez que yo llegaba tarde de trabajar si, en realidad, no estaba con otra mina?

-Sí, pero nunca me atreví a preguntártelo.

-¿Por qué?

-Un poco por miedo a que me respondieras que sí. Otro por respeto, para que no te sintieras ofendido.

-Está bien. Igual, nunca te engañé. Nunca.

-Yo tampoco.

Fabricio aún amaba a su esposa, más allá de todos los errores que cometía en los momentos en que debía demostrárselo. En cambio, ella ya no lo amaba como antes y si bien los dos se habían comportado debidamente el uno con el otro y eran excelentes padres terminaron por separarse. Él se quedó en la casa de su abuelo, solo, trabajando y trabajando. Ella estuvo un tiempo viviendo con su madre y poco después volvió a trabajar, aprovechando que el nene pasaba cada vez más horas en la escuela y con sus amigos. Tras algunos meses de ajustes, la mujer logró alquilar un dúplex donde Fabricio

iba todos los viernes a la noche o los sábados por la mañana a buscar a su hijo y regresaba el domingo a última hora o el lunes bien temprano.

“¡Abran!, ¡abran!” exclamó Walter pero ya no golpeaba con sus manos la madera enchapada de la puerta de la habitación del estudio de grabación. Sus compañeros de la banda tampoco estaban allí. Había vuelto a quedarse solo en el interior del locutorio. Se halló sentado en el piso, junto al mostrador desde el que el encargado del local hablaba por teléfono. Pero el comerciante, al ver que el joven se reincorporaba en aparente buen estado, cortó la comunicación de inmediato.

-Menos mal que te despertaste. ¿Estás bien pibe? –dijo el encargado al tiempo que rodeaba el mostrador para acercarse a Walter.

-Creo que sí –respondió el joven patagónico tratando de ponerse de pie, aunque requirió que el comerciante lo ayudara tomándolo del brazo para completar la maniobra.

-Te quedaste desmayado por unos minutos. Estaba por llamar a una ambulancia. ¿Seguro que estás bien?

-Sí, me siento un poco mareado, nada más. No se preocupe, gracias. Sólo necesito hacer un llamado a alguien que me va a ayudar y me voy.

Afuera había comenzado a llover a cántaros y adentro del locutorio ya no quedaba casi nadie. El encargado dudó unos instantes, en los que escudriñó al joven de pies a cabeza, hasta que finalmente accedió. “Pasa por la cabina uno”, le indicó a Walter, quien volvió a agradecerle y se introdujo en el pequeño habitáculo vidriado, cuyo uno de sus lados daba a la vereda donde los transeúntes se movían apurados para escapar del agua como si esta se tratara de un ácido venenoso y mortal. Entonces marcó el número y el teléfono sonó varias veces hasta que atendieron.

-¿Hola? -habló una mujer.

-¿Mari?

-No ¿Quién le habla?

-¿Señora Williams?

-Sí, ¿quién habla?

-Habla Walter.

-¿Qué Walter?

-Walter Lima.

¿Qué otro Walter que quiere hablar con su hija puede conocer esta mina?, dijo él tapando el auricular del tubo con su mano.

-Ah, ése Walter –respondió la mujer tras una breve pausa-. ¿Qué querés?

-Necesito hablar con su hija. Es urgente.

-Va a ser mejor que dejes a mi hija tranquila. Ya la lastimaste bastante, ¿no te parece?

-Tiene razón y no sabe cuánto lo siento. Pero su hija es la única que me puede ayudar en este momento.

Walter no había terminado de pronunciar la última frase que la madre de Marina cortó la comunicación. “¡Vieja de mierda!” exclamó el muchacho golpeando el vidrio de la cabina, lo que llamó la atención del encargado que volvió a preguntarle si estaba bien. El viajero le hizo un gesto de “OK” con el dedo gordo de su mano derecha y el comerciante se quedó detrás del mostrador aunque sin quitarle los ojos de encima ni por un segundo. Luego, marcó por segunda vez y el teléfono lloró largo y tendido hasta que atendieron.

-¿Sí? -inició una voz femenina.

-¿Marina? -preguntó él, emocionado.

-No. La mamá. ¿Otra vez vos Walter?

-Sí, soy yo.

-Te dije que no llamarás más.

-No me corte, por favor. Estoy en un lío, creo que me está pasando algo malo y necesito ver a su hija.

-Estás totalmente loco, ¿lo sabías?

-Justamente, ése es el problema. Creo que estoy por perder completamente la cabeza. Ayúdeme, por favor.

-Yo no puedo ayudarte, Walter. Y mi hija tampoco. Lo único que puedo aconsejarte es que vayas a ver a un especialista, si es que tanto te preocupa tu salud mental que, digamos, nunca fue muy buena.

-¿Qué fue lo malo que hice para que me trate así?

-¿Realmente necesitas que te lo diga?

-Sí, señora.

-Walter, dejaste a mi hija de un día para otro sin darle una explicación y ahora, después de no sé cuánto tiempo, de la nada, la llamas para pedirle ayuda sin siquiera interesarte en cómo esta ella. ¿No te parece bastante malo todo eso?

-Está bien señora. No quiero discutir. Pero realmente necesito hablar con Marina cuanto antes.

-Ella no se encuentra en este momento. Está muy ocupada con su carrera y no necesita distracciones. Así que, por favor, no la vuelvas a llamar -dijo la mujer antes de volver colgar.

-¡Espere! ¡Espere! -gritó Walter aunque del otro lado del teléfono sólo escuchó el tono intermitente que marcaba el final de la conversación. Y en ese momento sintió que se iba nuevamente por lo que se aferró con fuerza al tubo.

Vanesa paseaba su delgado pero descuidado cuerpo por los relucientes pasillos del shopping y miraba, algo disconforme, como su figura se reflejaba en las impolutas vidrieras que exhibían prendas de vestir y accesorios totalmente inaccesibles para su poder adquisitivo, aunque fenomenalmente hermosos. “Tanto que rompieron las bolas con las retenciones al campo pero, ¿cuándo le van a poner un impuesto a estos productos importados así se venden los hechos acá?”, se dijo mientras veía como un niño de unos cinco años corría entre las mesas del patio de comida ocupadas por señoras muy arregladas, que tomaban té y comían tortas europeas. Lo que es estar el pedo, eh. Esa madre habrá estado como tres horas en la peluquería antes de venir para acá y ni bola le da a su hijo, pensó Vanesa y luego comenzó a anotar disimuladamente en un papel las características principales de las prendas de verano que iban a estar de moda en la temporada próxima a comenzar.

Al terminar de escribir, levantó la mirada y vio al mismo niño sentado junto a un amplio macetero con adornos navideños, a unos metros de ella pero cada vez más lejos de su madre. Entonces, le hizo señas a la mujer para indicarle donde se encontraba su hijo y ella asintió. En ese momento, detrás del niño, vio a una joven parada que le resultó inconfundible, a pesar de que no la veía desde hacía mucho tiempo. Esta muchacha estaba de espaldas a ella, entretenida con una vidriera, por lo que se le acercó sigilosamente para sorprenderla por la espalda. Al llegar hasta ella, Vanesa le tocó el hombro con el dedo índice y la muchacha se dio vuelta enseguida, un poco asustada.

-¡Ey! –exclamó Vanesa sonriendo.

-Vane. ¿Sos vos?

-Sí, soy yo. ¿Cómo estás Mari?

Marina aún sentía palpitations por el abrupto abordaje, así que se quedó callada por unos segundos, miró a su alrededor y recién entonces se alivió.

-Todo bien, por suerte. ¿Qué hacés por acá?

-Paseando un rato. ¿Y vos?

-También.

-¿Estás sola?

Marina se sonrojó y después apuntó sus ojos hacia el patio de comidas y se detuvo al ver a un joven apuesto que estaba vestido de traje y hablaba por teléfono celular.

-Vinimos a tomar algo.

-Es muy lindo Mari. Te felicito.

-Gracias –Marina se sonrojó en al acto-. Igual, apenas salimos un par de veces.

No es nada serio.

-Bueno, pero, ¿quién es? Contame.

-Es el hijo de un amigo de mi papá que, a su vez, tiene un estudio en el que grabé hace un tiempo –Marina trató de no levantar el volumen de su voz, lo que hubiera llamado la atención de su acompañante, aunque éste seguía tan absorto en su conversación telefónica que ni siquiera la había visto detenerse a hablar con una completa extraña para él, como era Vanesa.

-¿Y este chico también es músico?

-No, nada que ver con el padre. Es licenciado en RR.PP. y organiza eventos para empresas.

-Ya me parecía. No tiene pinta de artista -dijo Vanesa dibujando una mueca socarrona en su rostro.

-¿Vos seguís cantando?

-Sí, poco y nada ahora. Viste que el mundo del rock es medio machista. Hice algunas colaboraciones como corista pero nada del otro mundo. Vos, en cambio, sos famosa.

Marina agradeció el cumplido con un leve gesto de la cabeza.

-¿Y del conservatorio seguís viendo a alguien? -retomó cambiando drásticamente el tema de conversación.

-A muy pocos. A quien sí veo bastante seguido es a Walter porque tiene una banda re copada y voy a los recitales. Suenan bien y tocan mucho. Por todos lados.

-Sí, sabía. Esuché el disco y también vi el video.

-¿Y te gustó?

-Bastante ¿Y cómo anda Walter?

-Viste como es él: va y viene. Hace y deshace. Trabaja y compone. Siempre fue medio bipolar.

-¿Medio?

-Bueno, si lo mirabas con un solo ojo...

-Y si estaba medicado.

-...

-Perdón. No debí decir eso.

-No, todo bien. Vos lo conociste mejor que nadie, en ese sentido, así que podría decirse que sos una voz autorizada.

-Sí, que se yo.

-Igual, creo que hay que dejar de mirar para atrás y darle para adelante, Mari.

-Coincido. Así que dejémoslo ahí ese tema.

-Sí, mejor.

-Che, ¿y qué andás haciendo por acá? -Marina seguía actuando tan sutil como una sierra eléctrica.

-En realidad, estoy chusmeando telas y diseños porque me compré una máquina de coser, buena y barata, y estoy confeccionando ropa para vender en la feria de los fines de semana.

-¿Dónde es la feria?

-En el playón de estacionamiento frente a la estación de trenes, cerca de casa.

-¡Qué bueno!

-La idea es poder ganar algo de plata para las vacaciones y aprovechar que ahora se vienen las fiestas.

-Está perfecto. Si necesitás una mano avisame.

-Te agradezco, pero no te quiero molestar. En el diario dice que estás muy ocupada, ¡jajá!

¡Qué tarada!, pensó Marina volviéndose a ruborizar y luego se limitó a aceptar las felicitaciones y a contarle que en pocos días se iba a ir de gira nuevamente.

“Bueno, nena, te dejo así vos volvés con tu chico y yo a casa. Me encantó verte y no te pierdas”, dijo Vanesa, tras lo cual, las excompañeras de estudios intercambiaron apresuradamente sus respectivos números de teléfono celular. Mientras la *rockera* se alejó entre la gente, la chelista permaneció parada, esta vez de espaldas a la vidriera y viendo como su “chico” seguía hablando por su *Blackberry*.

Al cabo de unos minutos, el joven terminó la comunicación y se acercó hasta Marina, a la que besó en la boca. Luego le preguntó quién era la mujer con la que había estado hablando y ella le respondió que era una vieja conocida. Finalmente, la pareja se fue a sentar a una mesa y ordenaron unos cafés con los que cortaron un buen rato de la tarde.

“¡Espere! ¡Espere!” , volvió a exclamar Walter, pero ya no sostenía el tubo del teléfono en la cabina del locutorio sino que se encontraba tendido en la cama de la habitación del estudio de grabación de Enrique Balestra. Al escucharlo, Sergio, quien lo había controlado desde el sillón de la recepción lindera al dormitorio, fue hasta donde estaba su amigo. “Acá estoy Wally ¿Qué necesitás?” , le dijo al viajero recién llegado, quien se reincorporó con mucho esfuerzo hasta sentarse en la cama, con los pies apoyados en el suelo y la cabeza gacha.

-¿Estás bien? -preguntó el bajista apoyando su mano derecha en el hombro izquierdo de Walter y empujándolo suavemente hacia atrás para que se irguiera del todo.

-No me siento para nada bien -respondió, tajante, el joven patagónico y alejó su torso de la posición de Sergio, quien alzó la mano en señal de que no tenía ninguna intención de hacerle daño.

En ese momento, el dueño del estudio entró a la habitación, donde ya se encontraba el resto de la banda, acompañado por un hombre alto, flaco, de pelo corto y rubio peinado con gel, lo que evidenciaba una incipiente calvicie. Estaba vestido con un ambo blanco y portaba un cabás de un marrón descolorido por el desgaste.

-Walter, acá llegó un médico del servicio municipal que te va a examinar, así que quedate tranquilo. Yo ya le adelanté qué te está pasando y vas a estar bien –indicó Enrique, quien pidió al resto de los presentes que abandonaran la habitación, a lo que todos accedieron.

-¿Cómo te llamás? -arrancó el hombre extrayendo una pequeña linterna del bolsillo superior derecho del saco de su ambo en el que guardaba también una lapicera y un recetario.

-Walter.

-Yo me llamo Fabricio Quesada y voy examinarte los ojos con esto, ¿sí?

Al ver que el joven se alteraba al recibir la luz de la linterna en las corneas, Fabricio le sugirió que se tranquilizara.

-Me dijeron que estás desorientado y sufrís desmayos repentinos. ¿Estás tomando alguna medicación?

-No ahora.

-¿Y antes qué tomabas? ¿Tenía que ver con estos desmayos?

-No. Esta es la primera vez que me pasa.

-Bueno, entonces voy a llamar a una ambulancia para que te llevemos a un hospital y te vea un especialista.

-Yo no voy a ningún lado hasta que alguien me diga que me está pasando.

-Walter, tranquilo. Ya te vamos a ayudar.

Pero el joven seguía internándose cada vez en su propio callejón sin salida. “¿Qué hago acá y quiénes son todos ustedes?!” exclamó el viajero al sentirse varado en la desolada playa de su confusión.

Al escuchar los gritos desde la recepción, Sergio y el resto de la banda entraron velozmente a la habitación. “Todavía no termino de examinar a su amigo. Por favor, retírense unos momentos más”, les indicó Fabricio a los otros músicos pero el bajista se negó a acatar esa orden. Entonces, el médico miró a Enrique quien le devolvió un gesto de resignación, por lo que todos permanecieron en la misma pieza.

-Walter, no puedo ayudarte si no colaborás conmigo. Sólo quiero que respondas unas preguntas, ¿puede ser?

Walter asintió cansado mientras sus compañeros lo rodeaban y le sugerían que obedeciera.

-Préstame atención: decime tu nombre completo.

-Walter Lima.

-¿Edad?

-20.

Al escucharlo, Sergio y Francisco cruzaron unas miradas llenas de desconcierto, las cuales fueron captadas enseguida por Fabricio.

-Walter, ¿en qué año estamos?

-¿Cómo en que años estamos? -repreguntó el viajero soltando la primera sonrisa de la tarde-. Estamos en 2001.

En ese momento, dentro de la habitación sólo reinó el asombro y la preocupación, en medio de las cuales, Fabricio hizo una pausa, alzó la vista, respiró hondo y luego continuó:

-Ahora tenés que decirme dónde estás.

-Acá, con usted. En esta especie de dormitorio que no conozco.

-¿Y quiénes son todas estas personas?

-No las conozco tampoco. Ellos ya estaban acá cuando yo aparecí. ¿Dónde estoy?

-Estás en mi estudio de grabación, en 2010 -intercedió Enrique, a lo que Fabricio lo fulminó con la mirada, molesto porque su intervención acababa de confundir aún más a Walter.

-Escuhamé a mí, Walter. Decime, por favor, dónde se supone que te encontrás en 2001.

-Me duele mucho la cabeza y me cuesta concentrarme.

-Ya lo sé. Pero tenés que hacer el esfuerzo. Es importante, ¿entendés?

-Sí, sí –Walter posó su palma derecha en la frente por unos instantes-. Estaba en una sala de ensayo en Capital y después me fui a hablar por teléfono a un locutorio por ahí cerca. Llovía y estaba fresco, no como ahora. Era un día de invierno.

Al escuchar aquellos desvaríos, Fabricio le pidió a Walter que se quedara unos minutos solo y calmo en la habitación, mientras él hablaba con las demás personas presentes en el lugar que, de a una y en fila india, fueron saliendo del dormitorio.

Una vez en el exterior, y con la puerta de la habitación cerrada, Fabricio y el resto se miraron, pensativos, buscando una respuesta a lo que estaba ocurriendo, que parecía algo imposible de descifrar en ese tiempo y en ese lugar.

“Esto no puede estar pasando”, fueron las palabras que más repitieron en medio de aquella situación.